

## También aprendemos con el corazón

*Lorena Campo Aráuz*

Antropóloga docente de la Carrera de Antropología Aplicada  
de la Universidad Politécnica Salesiana

La dimensión afectiva ha sido colocada en plano secundario en el ámbito académico-educativo. La sabiduría de la construcción de vínculos afectivos en estos espacios es desplazada fuera de la producción del saber, porque ha sido calificada como instancia que obstaculiza el conocimiento *neutral*. No obstante, los aprendizajes significativos no son posibles sin que intervengan los afectos (positivos o negativos). La propuesta pedagógica salesiana, el Sistema Preventivo, incluye como eje central el nivel afectivo o amoroso. Para Don Bosco, «la educación es cosa del corazón».

En este aspecto, pedagogía y afectividad están entrelazadas. La dimensión afectiva de la pedagogía pretende generar vínculos de confianza que permitan formar íntegramente a los sujetos que participan de ella. Siguiendo esta línea tenemos al humanismo de la propuesta pedagógica de Don Bosco, la cual comprende la relevancia de educar afectivamente para obtener mejores resultados pedagógicos y sociales. Pero no podemos obviar que esta afectividad debe ser encaminada adecuadamente para evitar que no se produzca un campo de violencia encubierto. Reflexionaremos sobre las dos condiciones mencionadas a continuación.

### **Educar con el corazón: Comprensión pedagógica y arte de la formación integral**

Si nos preguntamos acerca de lo que aprendimos en la infancia, es posible que nos remitamos a un recuerdo afectivo. Por ejemplo, si pensamos en un alimento o platillo que nos encanta saborear y desde cuándo nos

gusta, es casi seguro que está ligado a un evento afectivo. Así, como aquello que nos desagrada. Porque lo que aprendemos y le damos una categoría de relevancia está vinculado con nuestros afectos. De ahí que la dimensión afectiva de la pedagogía salesiana contiene un nivel importante de comprensión de lo que ocurre en el ámbito de la educación y la afectividad.

De tal modo, Don Bosco sabía de la imposibilidad de educar verdaderamente a los jóvenes, sin que medie la confianza. Para él, solamente cuando el educador abría su corazón, se producía material educativo y formativo. La apertura del corazón implica que el maestro se preocupe por otras dimensiones del sujeto con el que comparte el espacio pedagógico. Y esto a su vez, está relacionado con la entrega y satisfacción por el rol de educador. Este forma a sujetos en un conocimiento determinando, pero también a personas. En este encuentro entre educador, educando y la realidad que los envuelve, tiene lugar, ineludiblemente un entramado de afectos. Es algo que podemos tratar de encubrir por el temor a *mezclar* los afectos con la enseñanza, pero que de todos modos está allí. Deja de ser un proceso unilateral y pasa a ser uno más enriquecedor, multimodal e interrelacional.

En este punto, Fernando Peraza, en el texto *Los estigmas de nuestro tiempo y la pedagogía de la bondad* (2012), nos ayuda a visualizar mejor el panorama mencionado, en cuanto afirma que: el humanismo pedagógico de Don Bosco descansa en los valores fundamentales de la experiencia religiosa y del comportamiento ético, de la inteligencia emocional y el amor educativo; y en una actitud preventiva que aspira a llegar a tiempo a la vida de los jóvenes para darles a conocerse a sí mismos (Peraza, 2012, 180).

Tenemos ante nosotros una mirada holística de la persona, de la labor pedagógica y del objeto de la misma. No basta con educar para adquirir cierto dominio en un área del saber, sino que se entiende que en este espacio es necesario conocerse a uno mismo. Como punto inicial y fundamental. Así, cuando habla de «inteligencia emocional» y «amor educativo», Don Bosco incluso considera el tema como un mecanismo de mejoramiento de la vida de las personas, pues al recurrir a dicho humanismo pedagógico, los participantes tienen menos probabilidades de recurrir a la violencia (contra la sociedad y contra sí mismo). El amor educativo implica una visión integral, que no fragmente a los sujetos, sean estos educadores o educandos, en razón y corazón. Aquí se encuentra la clave de la inteligencia emocional.

Recordemos que en el paradigma cartesiano se separa al sujeto del objeto y con esto surgen algunas dicotomías irreconciliables y jerarquizadas, en las cuales se encuentra el sentimiento y la razón. Sin embargo, José De Souza Silva nos dice que «los humanos son simultáneamente racionales y emocionales: razón y emoción, lógica y valores, pensamiento y acción son elementos interdependientes e imprescindibles para su existencia» (De Souza Silva, *La educación latinoamericana en el siglo XXI: Escenarios hacia las pedagogías de la alienación, domesticación y transformación*, 2004, 35). Cómo

nos han fragmentado, colocando a la emoción, al afecto fuera de las aulas. Pero, la pedagogía salesiana trata de reunir nuevamente a la emoción con la razón. Porque como Édgar Morin alude: «un racionalismo que ignora los seres, la subjetividad, la afectividad y la vida es irracional» (Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, s/a, 26). Educar con el corazón, a la postre, es razón.

El creer lo contrario, que la vida afectiva es irracional y por ende, inferior, es algo que Patricio Guerrero siempre señala como una debilidad del pensamiento occidental, en el que «sentir es una forma de negar el carácter patriarcal, masculino, dominador e irracional de la razón hegemónica, escenario de lo público, en consecuencia la afectividad, las sensibilidades, la ternura, serán excluidas de la vida intelectual, del mundo académico». A partir de esta consideración, «los sentimientos, las emociones, las sensibilidades, la ternura, no serán por tanto, consideradas como otras fuentes de conocimiento» (Guerrero, *Corazonar. Una antropología comprometida con la vida*, 2010, 39). Volver la cara hacia la ternura, hacia esas sensibilidades subalternadas implica un posicionamiento ético y político frente a la vida, que Don Bosco lo tenía muy claro y que permanece en su aporte pedagógico.

Es por eso, que Fernando Peraza considera a esta postura como una forma de arte, en la que se encamina a las personas a un proyecto de vida (2012). Construir un camino de vida y construirse como sujeto conocedor de sí mismo es lo que implica la mirada salesiana de la pedagogía como arte. Es «una obra de arte» dice él, «del arte de suscitar las personas y hacerlas crecer y encaminarse a un proyecto de vida. Como arte: imagina, diseña, recrea, da forma, color, expresión; y, en último término, ambos caminan haciéndose, recíprocamente» (Peraza, 2012, 161). Por tal motivo, hay una dirección afectiva de la educación, tanto para el docente como para el educando.

En tal caso, encaminarse hacia un proyecto de vida es resultado de esa relación pedagógica integral. A Don Bosco no solo le preocupaba impartir conocimientos y capacitar en oficios a los jóvenes, sino que también buscaba contribuir positivamente a la vida de ellos. Por eso creía que los educadores debían involucrarse más en las problemáticas e intereses de sus educandos. El ambiente que debe crearse es el de familiaridad, porque junto al vínculo afectivo despliega confianza. Dirá que «sin familiaridad no hay afecto y sin afecto no puede haber confianza» (Don Bosco, s/a).

De tal manera, percibimos que la intención es que la amabilidad sea parte del sentido racional por la confianza que genera, disminuyendo la probabilidad de que los jóvenes educandos se sientan tentados a caer en actitudes violentas. Con afecto, nos dice el reconocido psiquiatra colombiano Luis Restrepo: «las palabras, creencias, valores e ideologías, no serán arquetipos fijos e inmutables que terminen doblegando y tiranizando al

diálogo tónico, sino mediadores simbólicos que se construyen y diluyen al calor de la relación, sin convertirse jamás en avales de verdad o criterios definitivos de certidumbre» (Restrepo, *La trampa de la razón*, 1989, 178). La relación pedagógica no es impositiva, sino constructiva y generadora de instancias mucho más ricas y de aprendizajes más significativos. No se aprende por temor, sino por vínculo afectivo.

### **La dimensión afectiva de la pedagogía salesiana implica educar para crecer**

La dimensión tratada aquí, puede reflexionarse desde otras instancias como la psicológica. La afectividad es uno de los elementos fundamentales en el proceso de crecimiento infantil y acompaña al sujeto a lo largo de su vida, en cada experiencia vivida, disfrutada y sufrida. Ese nivel afectivo, por ejemplo, aparece en algo tan cotidiano como la alimentación, pero también en la manera en que nos vemos a nosotros mismos y a los otros de los que formamos parte. Esto nos lo señala el pediatra y psicoanalista británico Donald Winnicott:

La capacidad del ser comienza con la relación del bebé con la madre. Si el infante percibe una continuidad en el cuidado afectivo, entonces comenzará a sentir la continuidad de su existencia. De lo contrario, aparecen fracturas traumáticas en la realidad primaria. A medida que el sentido personal de ser se fortalece, forma las bases para las funciones posteriores de la personalidad (Winnicott, *Realidad y juego*, 1971, 85).

Es decir, en las etapas tempranas de la vida física y psíquica de la persona, requiere de cuidados muestras de afecto continuas. Le otorga una imagen concreta y fuerte de sí misma. Cuando esto falla, la relación con la realidad se ve afectada. En gran parte, constituye lo que somos de adultos. Sin embargo, las necesidades de ese vínculo afectivo no se acaban con la infancia. Ser-humano implica ser-emotivo.

Este cuidado y vínculo afectivo no quiere decir eliminar la autonomía y posibilidad de acción de los jóvenes, con un asistencialismo que borre capacidad resolutive propia. Todo lo contrario. Para explicar estos límites necesarios, Winnicot (1971) alude a la frase «madre suficientemente buena», aquella que provee al niño de un ambiente para que adquiera una identidad personal, un sentido incuestionable de su existencia. No tiene que ser perfecta, pues si sus respuestas fueran perfectas, el niño nunca se independizaría. Así, el sujeto se ve forzado a acudir a sus propios recursos y fomentar la capacidad de satisfacer sus propias necesidades.

Esto se repite en el trabajo psicoterapéutico, en el que el analista es un facilitador de procesos, no un bastón de uso permanente y eterno.

Del mismo modo, podemos traducir el comportamiento de Don Bosco frente a los jóvenes a quienes educó. Si bien presentó una postura

paternal auxiliar, con todos los cuidados y afecto necesarios, les brindó herramientas para enfrentar la vida, lo cual constituyó el mayor logro de su obra. El Sistema Preventivo y su dimensión afectiva, en tal caso, no implican una invalidación de la responsabilidad por un paternalismo/maternalismo mal comprendido, sino que hallamos un paralelismo entre la figura de la «madre suficientemente buena», el ambiente educativo salesiano, el trabajo docente en que son medios facilitadores para la promoción de un lugar de crecimiento dirigido al educando.

Es decir, no entregamos un espacio suficientemente bueno de aprendizaje si no señalamos límites y valores, que deben considerarse para una convivencia, mínimamente digna. A veces, no dar todas las soluciones y conclusiones a las problemáticas es muestra de mayor afecto hacia los otros, que evitarles el enfrentamiento a la vida. Don Bosco así lo entendió, pues el papel de facilitador, mencionado por Winnicott no es sinónimo de agente del «facilismo». Los aprendizajes significativos aparecen cuando nos vinculamos con la dimensión afectiva, la que teje la vida con la seguridad que da el reconocer y emplear los propios recursos para superar los obstáculos con los que nos encontremos. Quien nos enseña con afecto nos ayuda a conocer nuestras propias capacidades y no siempre dice que sí a nuestras exigencias. Con estos recursos identificados, las personas somos capaces de reflexionar diversas verdades y también crear y construir nuevos caminos, sin que este proceso sea impuesto. Así se obtienen mejores y más humanos resultados.

## Conclusión

Como lo indica Restrepo: «la entrega de cariño debe ser una entrega silenciosa, tal como silenciosa circula la sangre por arterias y venas al compás de un ritmo monocorde e incesante» (1989, 177). Generar espacios de afecto es vital para un real proceso educativo, de relaciones humanas conscientes de la integralidad de los sujetos. Pero no significa, de manera alguna, obligar a las personas a dar manifestaciones de afecto actuadas, ensayadas circunstancialmente. No es un afecto utilitario, sino sentido, experimentado y necesario para la existencia individual y social, porque «consideramos que dar y recibir afecto debe ser una constante de la convivencia grupal» (ídem). Esta interpretación de la dimensión afectiva de la pedagogía salesiana tiene un eje ético y político, debido a que como expresa Patricio Guerrero:

La tarea más difícil es la de contribuir a la construcción de seres humanos dignos, con subjetividades íntegras, transparentes, que sean coherentes entre el sentimiento, el pensamiento, la palabra y la acción, subjetividades que no puedan ser nunca sujetadas por el poder, con la fortaleza

suficiente y el potencial para enfrentar cualquier posibilidad de colonialidad del ser (Guerrero, 2010, 276).

Esta condición empieza desde nuestra socialización inicial y se alimenta durante toda nuestra vida. Porque «la circulación afectiva al interior del grupo primario nunca debe detenerse (...) porque en ningún grupo humano ello debe acontecer» (Restrepo, 1989, 176-177). No existe posibilidad de vida humana sin la mediación afectiva y recordemos que la educación es un producto y necesidad humana. El afecto se expresa en un contexto concreto, real, pero también lo supera, no siempre es tangible, porque «es un océano donde se intercambian gestos y mensajes, sistema de riesgo que alimenta la vida social y del cual todos pueden nutrirse» (ídem).

Con ello se marca la especificidad de la propuesta de pedagogía salesiana. Se forman sujetos dentro del manejo y preocupación de un área de conocimiento determinado, pero por encima de todo, se forman personas integrales, no fragmentadas. De ahí que nos remitamos nuevamente a las reflexiones de Fernando Peraza, quien afirma que:

En el corazón de cada historia todo comienza, y decididamente, desde *el medio familiar y el medio más cercano* en el que transcurran y se plasmen las primeras y más hondas experiencias educativas. Pues, este es el medio de vida que tiene mayor incidencia en la conformación de la personalidad del sujeto (Peraza, 2012, 74).

Definitivamente, educar desde el corazón es un proyecto pedagógico de suma relevancia y sabiduría interna. No es posible aprender ignorando la dimensión afectiva. Las personas somos más que fragmentos de razón, memoria, pensamiento, corporalidad y sensibilidades. No existimos sin la congruencia de todo ello. Por ende, los aprendizajes deben considerar conciliar las todas las dimensiones. Solo así se comprende al sujeto y se le permite construir y transformar su realidad. Nos descubrimos en la dimensión de la educación para la creación, cuyo requisito básico es encontrarnos en el diálogo afectivo.

## Referencias bibliográficas

- Bianco, E.  
s. f. *¡Don Bosco era así! Una pequeña biografía*. Quito: Centro Salesiano de Pastoral.
- De Souza Silva, J.  
2004 *La educación latinoamericana en el siglo XXI: Escenarios hacia las pedagogías de la alienación, domesticación y transformación*. San José.
- Fadiman J., Frager, R.  
2002 *Teorías de la personalidad*. México: Oxford University Press.

- Guerrero, P.  
2010 *Corazonar. Una antropología comprometida con la vida*. Quito: Ab-  
ya-Yala.
- Morin, E.  
s. f. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Guayaquil: Santi-  
llana-Unesco.
- Peraza, F.  
2012 *Los estigmas de nuestro tiempo y la pedagogía de la bondad*. Quito: Ab-  
ya-Yala.
- Restrepo, L.  
1989 *La trampa de la razón*. Colombia: Arango.
- Winnicott, D.  
1971 *Realidad y juego*. Nueva York: Penguin.

